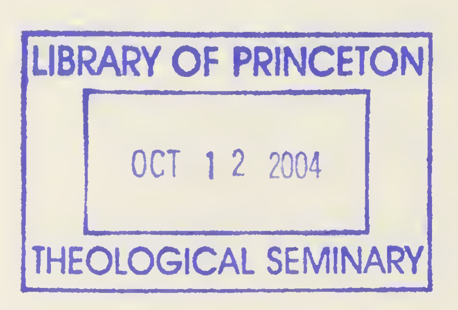



LIBRARY OF PRINCETON
OCT 1 2 2004
THEOLOGICAL SEMINARY



VIDA CONSAGRADA

121

vinculum

ORGANO DE LA CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA

AÑO XXII
1974

NOVIEMBRE
Y
DICIEMBRE

DIRECTOR:

COLABORADORES:

Dirección y Administración: Calle 71 No. 11-14 -- Bogotá

Resp. Mingobierno Lic. 657/53

Tarifa Postal reducida No. 240 de la Administración Postal Nacional.

Editorial PAX - Bogotá.

SUMARIO

Pág.

121

EVANGELIZACION Y VIDA RELIGIOSA

1. Introducción

En éstos días, especialmente con motivo de la celebración del Sínodo de los Obispos en Roma, el tema de la evangelización es el tema de actualidad en la Iglesia. Nosotros los religiosos, no podemos quedarnos al margen del estudio actual. Siempre hemos estado conscientes de la necesidad de la evangelización y hemos colaborado para el bien de toda la Iglesia. Pero, muchas veces nos hemos preocupado por dar un contenido sin tener bien en cuenta algunas condiciones fundamentales para la evangelización como también nos ha faltado una finalidad clara, fruto de la evangelización.

Por lo tanto, en este artículo, vamos a tratar algunos puntos fundamentales acerca de la vida religiosa y su relación con la evangelización. No vamos a tratar aquí detalles sobre el contenido y tampoco métodos para la evangelización. En primer lugar, vamos a ver lo que se entiende por los términos "evangelización" y "vida religiosa". Después veremos algunos aspectos bíblicos de evangelización en la vida de Cristo, de los apóstoles, de la comunidad primitiva. En base a estos aspectos, a la luz de la Sagrada Escritura, veremos la relación entre vida religiosa y la tarea de la evangelización.

2.1. Evangelización

El término "evangelizar", que significa "llevar una buena nueva", viene del idioma griego. Es el vocablo que los primeros cristianos eligieron para traducir el vocablo hebreo utilizado por Isaías en el A. T. El término original en hebreo tenía un significado profano: "llevar la buena nueva de una victoria adquirida en guerra" (2 Sam. 18,26). Con el profeta Isaías la palabra adquirió un sentido exclusivamente religioso y mesiánico. Isaías la usó para designar el anuncio de la gran victoria de Jahvé sobre el poder del mal, o sea, el anuncio futuro del Reino de Dios, el anuncio del Mesías.

En el A.T., el mensaje de la buena nueva era más bien una acción eficaz de salvación que una proclamación teórica de una doctrina, de una verdad o de un acontecimiento (cf. Is. 55,10-11). En el N.T., en base a los "evangelios imperiales", los primeros cristianos entendieron el Evangelio no como una realidad abstracta, formulada independientemente de la situación concreta del hombre al cual tiene que ser anunciada, sino que es una buena nueva para el hombre concreto y como viene al encuentro del hombre, debe ser formulada en vista de aquel hombre.

El Evangelio, pues, no es un libro o una doctrina o una verdad que hay que anunciar. Es algo que envuelve toda la existencia del hombre, colocándola frente a una decisión suprema de optar por o contra Dios que viene a él como Salvador en Cristo Jesús. Evangelizar, no es, entonces, solamente predicar o testimoniar al acontecimiento salvífico (Cristo), sino que es ante todo "la fuerza de Dios" (Ro. 1, 16) es acción, capaz de penetrar en la vida del hombre. Suscitar en él la fé, convertirlo en hijo de Dios, y, por consiguiente, crea la comunidad de vida entre los hombres con Dios.

2.2. Vida Religiosa

La vida religiosa es un hecho eclesial. Según los varios documentos conciliares y pontificios (Cf. Lumen Gentium n. 44; Perfectae Caritatis n. 5; Evangelica Testificatio n. 7), se trata de una profundización en la consagración bautismal según un estilo de vida cristiana en el seguimiento de Cristo, aprobado y controlado por la Jerarquía. En esta descripción de la vida religiosa, encontramos lo fundamental de la vocación religiosa. Los religiosos son aquellos que se comprometen con la llamada de Dios a profundizar en la vivencia de su consagración bautismal en un proyecto de vida evangélica, que se encuentra institucionalizado dentro de la Iglesia.

En la consagración bautismal, Dios toma la iniciativa. El es quien nos consagra para Sí y para los demás, haciéndonos hijos suyos y, por consiguiente, hermanos entre nosotros. Nuestra consagración consiste en haber aceptado libre y voluntariamente el compromiso de vivir nuestra relación filial con Dios y nuestra relación fraterna con los hermanos. En la vida religiosa nosotros renovamos el compromiso bautismal y además, manifestamos a Dios y a la Iglesia, que queremos vivir ese compromiso en un estilo de vida bien determinado, no para concentrarnos en nosotros mismos, sino para el bien de toda la Iglesia.

La profundización de una vida de fraternidad es lo fundamental para toda la Iglesia, para cualquier estilo de vida cristiana, y sigue siendo lo fundamental para la vida religiosa. En el desarrollo de la vida de fraternidad, los religiosos (como también los demás cristianos) van expresando una vida evangélica. Las exigencias evangélicas de pobreza, castidad, obediencia, y muchas más, son válidas para todo cristiano y los religiosos, como fruto de su seguimiento evangélico de Cristo, las expresan según su estilo de vida cristiana, que, por ser controlado por la Jerarquía, lleva a la libre aceptación de algunas exigencias eclesiásticas.

3. Condiciones fundamentales para la evangelización

Después de haber visto brevemente la noción de los términos "evangelización" y "vida religiosa", vamos a ver ahora lo que nos dice la Sagrada Escritura acerca de unas condiciones fundamentales para la evangelización. Esto lo podemos ver analizando la tarea de evangelización en la vida de Cristo, de los apóstoles, de la comunidad primitiva.

3.1 Cristo

Cristo es el Evangelio de Dios. A través de su vida, a través de sus palabras y obras. Cristo cumple la tarea que el Padre le ha encargado. La evangelización es lo esencial en la misión de Cristo:

"El Espíritu del Señor sobre mí,
Porque el que me consagró.
Me envió a traer la Buena Nueva a los pobres.
A anunciar a los cautivos su libertad
Y devolver la luz a los ciegos;
A despedir libres a los oprimidos
Y a proclamar el año de la gracia del Señor". (Lc. 4,18-19).

Pero, la evangelización para Cristo no es solamente el dar testimonio del Padre, la predicación o la enseñanza, el hacer milagros, el perdonar los pecados. Estos son algunos aspectos de una realidad más profunda. Se trata de la entrega personal de Cristo para la salvación de los hombres, una entrega que empieza con su Encarnación y culmina con su Muerte en la cruz. Su Resurrección y el don del Espíritu Santo muestran la eficacia de su evangelización: la Iglesia, la comunidad de los creyentes, ya es una realidad.

Pero, ¿cómo pudo Cristo emprender su tarea de evangelización y llevarla a cabo? ¿No se puede ver algo que está al fondo de su misión? La misión de Cristo es una obra del Padre y Cristo la puede cumplir porque el Espíritu está con El. En la misión de Cristo, entonces, se puede ver una realidad muy profunda que lo capacita para la misión "ad extra". Es la comunión de vida que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu. En esta comunión de vida la fuerza vital es el amor entre las personas divinas, un amor que no queda encerrado "ad intra" sino que busca y encuentra su plena expresión en la misión confiada al Hijo. El Hijo puede llevar a cabo su misión de evangelización porque puede contar con el amor del Padre y del Espíritu.

Además, Cristo viene a evangelizar como el Hijo de Dios encarnado. La Encarnación de Cristo no indica solamente el hecho de que Cristo se hizo hombre como nosotros. Encarnación quiere decir entrar personal y totalmente en la historia humana. Cristo ha entrado en un tiempo y lugar concreto, en una situación político-religiosa de un pueblo concreto, se hace uno de este pueblo, y por estar desde adentro compartiendo esta realidad humana, El puede comenzar su misión de evangelización.

¿No se puede pensar, tal vez, que en los años de su vida escondida, Cristo se estaba preparando y aprendiendo lo que era la realidad humana concreta de su pueblo antes de lanzarse en su tarea de evangelización? Cuando comienza su misión, su evangelio responde a la realidad humana que El había asumido. Se dirige a personas cuyas aspiraciones y necesidades conoce. En esa sociedad había personas oprimidas, esclavizadas, divididas a causa de una minoría. Las autoridades rechazan a Cristo, lo matan, mientras que el pueblo está con El (Jn. 11, 48). Pero, es solamente después de la muerte y resurrección de Cristo se empieza a ver los frutos de su evangelización: la Iglesia primitiva.

3.2 Los apóstoles

Cristo, desde los comienzos de su vida pública, empieza a llamar a unos hombres "para que estuvieran con El y para enviarlos a predicar" (Mc. 3,14). Jesús sabe que la Buena Nueva de Dios tiene que llegar a todos los hombres. Por lo tanto es necesaria la colaboración del hombre en la tarea de la evangelización. Pero el hombre no puede lanzarse simplemente a evangelizar. Hay algunas condiciones fundamentales e indispensables que capacitan la persona para esa tarea.

El mandato de Cristo a los apóstoles es muy significativo al respecto. Jesús envía a los apóstoles a evangelizar a todas las naciones solamente al final de su misión terrena, antes de regresar al Padre. Los apóstoles ahora pueden lanzarse la tarea de la evangelización porque la base ya está puesta. No se trata solamente de su preparación en cuanto al mensaje que tienen que anunciar. Lo fundamental es su comunión de vida con Cristo y entre sí.

Desde el momento de su vocación, los apóstoles han vivido con Cristo un estilo de vida comunitaria. Cristo les ha enseñado, les ha preparado, pero la insistencia principal era el compartir juntos la vida. Algunos de ellos estaban encargados de las necesidades vitales de todo el grupo. Lo más importante, empero, era su relación personal con Cristo y entre sí. A través de esta convivencia comunitaria, los apóstoles iban madurando en su relación con Cristo, hasta llegar a una fé madura y a una convivencia entre hermanos. Los conflictos por el primer puesto en el grupo demuestran la vitalidad y el dinamismo de esa vida de fraternidad. Los apóstoles están convencidos de que el amor fraterno va a ser el signo de credibilidad una vez que empezara su tarea de evangelización: "En esto reconocerán todos que ustedes son mis discípulos: si se aman unos a otros" (Jn. 13,55).

3.3 La comunidad primitiva

Con la Resurrección de Cristo viene el don del Espíritu sobre los apóstoles. Ahora pueden empezar su tarea de evangelización. Una vez que empieza la evangelización ya se puede ver las consecuencias: la creación de una comunidad de creyentes que tenían "un solo corazón y una sola alma" (Hch.

4,32). En la descripción que San Lucas nos ha dejado acerca de la comunidad primitiva, podemos ver lo que está a la base de la evangelización como también la finalidad principal de esta tarea Es la comunión de vida entre los creyentes que los impulsa a evangelizar y a compartir su experiencia con otros. La vida de fraternidad entre los primeros cristianos es ya un signo muy fuerte de evangelización, es la vivencia evangélica exigida por Cristo. Esta misma vivencia es el punto de partida para el crecimiento y el desarrollo de la comunidad como también para la creación de nuevas comunidades.

Pero el mandato de Cristo no se limita solamente a Israel. Es un mandato universal. Los apóstoles están conscientes de que ellos solos no pueden cumplir con esta tarea. Por lo tanto, entre los hermanos de las nuevas comunidades, encontramos a algunos que salen a evangelizar a otras ciudades. El libro de los Hechos de los Apóstoles es la historia de la difusión del Evangelio a todas las naciones. Es muy significativo el hecho de que antes de empezar a narrar la difusión de los primeros cristianos, San Lucas insiste en los primeros capítulos sobre la vida intensa de fraternidad en la comunidad primitiva. En este hecho podemos ver la condición fundamental para la comunidad primitiva en su tarea de evangelización.

La evangelización, llevada en base a una vida compartida entre hermanos, crea la comunidad. La comunión de vida que existe en Dios y que el Espíritu comunica a los creyentes se va extendiendo Pero, una comunidad no se crea de una vez para siempre. Es en el desarrollo de las relaciones fraternas como la comunidad muestra su dinamismo y su vitalidad. Los apóstoles siguen animando a las nuevas comunidades. Las cartas de San Pablo nos demuestran el interés y el amor que el Apóstol tuvo para con las comunidades que él había puesto en marcha. En último término, es el Espíritu quien acompaña a los apóstoles y demás anunciadores en su tarea de evangelización. El mismo Espíritu es el creador y el animador de las comunidades creadas por la evangelización de la comunidad primitiva.

4. Vida Religiosa y Evangelización

A la luz de lo anterior podemos ahora ver la relación que existe entre vida religiosa y evangelización La evangelización es la tarea de todo cristiano La vida religiosa es una vocación para un estilo de vida cristiana en la Iglesia. Por lo tanto estamos llamados a colaborar en la misión de la Iglesia: "Los religiosos todos, por la integridad de la fe, por la caridad para con Dios y el prójimo, por el amor a la cruz y la esperanza de la gloria venidera, han de difundir por todo el mundo la buena nueva de Cristo . . ." (Perf. Car. n 25).

Pero, antes de ser llamados a colaborar en la misión de evangelización de la Iglesia, Dios nos ha llamado a participar de su vida (L. G n. 44) Aquí está la condición fundamental e indispensable que Dios nos pone para poder participar adecuadamente en la tarea de la evangelización Antes del hacer, Dios exige el vivir Esto lo vimos en la misma vida de Cristo, de los apóstoles, de la comunidad primitiva

Pertenecemos a la vida de la Iglesia y por lo tanto, debemos responder primero a esta exigencia fundamental de Dios. En la vida religiosa debemos profundizar en la vivencia de nuestra consagración bautismal. Viviendo como verdaderos hermanos debemos ser ante todo un sacramento de la vocación de toda la Iglesia. Al mismo tiempo la vida de fraternidad va a ser un signo muy válido en la tarea de la evangelización y en la misma vamos a encontrar la fuerza y el apoyo para una evangelización válida. Si nuestra evangelización partiera de iniciativas individuales y no de una vivencia comunitaria, estaríamos traicionando la vocación a la cual Dios nos ha llamado.

Además, vimos que Cristo pudo llevar a cabo su tarea de evangelización porque se encarnó, porque entró completamente en la realidad humana. Nuestra vivencia comunitaria no puede prescindir del contexto real en el cual la gran mayoría de nuestro pueblo se encuentra en condiciones de vida inhumanas. Nuestra vivencia comunitaria y la consiguiente tarea de evangelización será solamente un signo cuando parta de la misma situación concreta que está viviendo nuestro pueblo. Es muy urgente hoy en día reflexionar sobre el principio de la encarnación y ponerlo en la práctica.

La finalidad de la evangelización de Cristo era reunir a los hijos dispersos de Dios, la creación de la familia de Dios, la puesta en marcha de una comunidad de vida entre los hombres y Dios, la Iglesia. La misma finalidad la encontramos en la tarea de los apóstoles y de los primeros cristianos. Esto fue posible porque en el punto de partida encontramos algo fundamental: la comunión de vida con Dios, la comunión de vida entre hermanos. ¿Tenemos nosotros esta misma finalidad o no se trata más bien en algunos casos, del simple mantenimiento de instituciones que hemos recibido de nuestros antepasados?

El estudio sobre el tema de la evangelización y su relación con la vida religiosa nos ha llevado a ver algunos puntos que son fundamentales para la renovación de nuestra vida religiosa. En la medida en que tomemos conciencia de la necesidad de una renovación en lo profundo de nuestro ser religioso, en la medida en que empecemos a vivir nuestra vocación a crear comunidad fraterna, en esa misma medida podríamos responder a nuestra vocación religiosa en la Iglesia y contribuir eficazmente en su misión evangelizadora.

Alberto Brincat, O.C.

NUESTRA PRESENCIA ESPIRITUAL EN EL MUNDO ACTUAL

¿Cómo podemos nosotros, los religiosos, estar presentes en el mundo del siglo XX con una presencia espiritual testigos de Cristo y de su Iglesia y totalmente fieles a nuestra vocación religiosa?

Para responder a esta pregunta supongo que estamos de acuerdo sobre lo que es esencial a la vida religiosa tal como el Concilio la describe y nos lo recuerda.

La vocación religiosa es en el corazón de la Iglesia, una vocación profética que expresa una manera de vivir el Evangelio mediante una elección particular. La elección de pobreza, de castidad, de obediencia que deben ser significantes para todo el pueblo cristiano. ¿En este contexto, en que forma debemos estar presentes en el mundo actual?

La pregunta pudiera parecer curiosa a aquellos que piensan que la vida religiosa tradicional es más bien una ruptura con el mundo. La presencia en el mundo es la tarea del laico cristiano. Ciertamente fue así en determinadas épocas de la vida de la Iglesia, pero es necesario estudiar en qué contexto y en qué sentido. En un contexto de *fusión,* y en ciertas circunstancias de *confusión* de la Iglesia con el mundo; que marcó la civilización cristiana hasta la Revolución Francesa y aún después. En el mundo en el cual se forjó nuestra civilización la Iglesia ocupaba un lugar oficial dentro del Estado que a su vez era oficialmente católico. El Estado reconocía a la Iglesia como potencia espiritual, al menos oficialmente adoptaba su moral, su calendario, sus leyes. En ese contexto en el cual la Iglesia tenía su puesto en el mundo y en el cual a la ·inversa, el mundo penetraba ampliamente en la Iglesia, puede entenderse que una de las tareas primordiales del profetismo hubiera sido la de denunciar esa especie de confusión que se establecía ante la Iglesia y el mundo; entre el Evangelio y una Iglesia demasiado instalada, demasiado adaptada al mundo. Era necesario desprender el Evangelio y la Iglesia de los compromisos con el mundo. De allí una cierta actitud de ruptura; los religiosos se separaban del mundo, de esa Iglesia demasiado aclimatada en el mundo, para vivir un poco en el retiro de tal manera que hiciera aparecer la pureza de ese Evangelio que se

encontraba demasiado comprometido con el mundo en muchos aspectos de la vida de los individuos y de los pueblos. Veamos algunos ejemplos.

En la liturgia

El ceremonial mundano y la liturgia católica tenían muchos puntos de contacto y había muchas contaminaciones entre uno y otro: la coronación de los Papas era la repetición de la coronación de los emperadores; en la consagración del obispo y en otras ceremonias muchos elementos se tomaban del ceremonial de la corte. Se encontraba en la liturgia el lujo de las cortes: ornamentos, gestos, actitudes, incesaciones, decoraciones . . . todo estaba reglamentado.

Se comprende que ante esto, para afirmar la pureza y la sencillez del Evangelio los monjes hubieran dejado las catedrales y las iglesias colegiales donde se celebraba ese culto y hubieran construído a su lado capillas sencillas y despojadas de todo lujo, en donde trataron de celebrar un culto más conforme con la sencillez del Evangelio. Esa separación, en algunas ocasiones, no fue suficiente puesto que muy pronto elementos mundanos de la liturgia se introdujeron en los monaterios: Cluny es un ejemplo.

La autoridad

La manera como la autoridad se ejercía en la Iglesia estaba calcada en la manera como se ejercía por la autoridad civil: tenían sus funcionarios los mismos títulos honoríficos para designar los prefectos y los Obispos, los señores y los dignatarios eclesiásticos. De allí que para manifestar la sencillez del Evangelio y el carácter de servicio que debe tener toda autoridad cristiana la actitud de los religiosos y religiosas que querían salir de ese cuadro mundano y eclesiástico era la de alejarse a fundar una comunidad en la cual la autoridad fuera un servicio fraterno en donde aquel que ejercía el poder fuera un hermano y una hermana entre los otros. En esto tampoco el solo alejamiento del mundo fue suficiente puesto que los abades y las abadesas, los superiores y las superioras pronto dejaron introducirse las costumbres mundanas, los títulos y los honores.

La pobreza

Otro tanto sucedió respecto a la pobreza. En una Iglesia instalada en el mundo, participando de la riqueza y del poder, era necesario separar el Evangelio de aquellos compromisos.

En un contexto en el cual el gran escándalo era la mundanidad de la Iglesia y la existencia de un poder que se decía oficialmente católico, sin ser siempre cristiano en sus reacciones y en sus actitudes, aquellos a quienes el Espíritu Santo llamaba a una vocación profética se sentían obligados a separarse, a tomar una actitud de rechazo, de ruptura con el mundo.

Situación actual

¿Cuál es el gran escándalo de nuestra época? No es hoy el maridaje Iglesia-Estado puesto que en la secularización actual la Iglesia y el Poder Civil se hallan cada día más distantes. En algunos casos puede darse la coalición de la Iglesia con alguna clase social privilegiada, pero de manera más general en el mundo en el que vivimos el gran escándalo de hoy es el aislamiento de la Iglesia. El gran escándalo religioso es el de que la Iglesia sea hoy un grupo aislado en el mundo, aún si este grupo es numeroso; algunos centenares de millones de personas en relación con miríadas de incrédulos o paganos. El escándalo está en que la Iglesia sea un grupo aislado, replegado sobre sí mismo en una actitud defensiva de ciudadela sitiada. El escándalo consiste en que el Espíritu de Cristo resucitado no esté en el corazón del mundo. El escándalo está en que la levadura no fermente la masa, que el grano de mostaza no se eche a la tierra en pleno campo, sino que se siembra en una matera o en un surco. En este contexto ¿dónde y cómo pueden situarse las vocaciones proféticas? Hay que situarlas en un contexto totalmente diverso de aquel que las inspiraba ayer en circunstancias diferentes. Ayer era necesario romper, desprenderse de una situación de compromiso con el mundo, hoy lo que es esencial es sacar a la Iglesia de su aislamiento, es llenar el vacío que se ha establecido entre la Iglesia y el mundo, es terminar con el escándalo que Cristo denunció: la existencia de dos pueblos, los creyentes de un lado y los no creyentes del otro. Esta fue la situación religiosa que Cristo encontró en Palestina y la que El vino a suprimir. El vino a terminar con esa separación para que de esos dos pueblos se hiciera uno solo, el pueblo de Dios.

Es fácil comprender que en este contexto las vocaciones proféticas que ayer llamaba el Señor para señalar una distancia entre la Iglesia y el mundo y que se realizaban en instituciones particulares y distantes, hoy, el mismo Espíritu las impulse a un camino inverso, a salir de las estructuras eclesiales e intentar llenar el vacío que se ha hecho entre la Iglesia y el mundo y así procurar que no haya dos pueblos: los creyentes cultivando y poseyendo la verdad evangélica y la buena nueva de la salvación entre ellos, y la inmensa masa de los no creyentes que mueren de hambre y de sed a su lado.

Efectivamente el Espíritu impulsa hoy a la Iglesia entera a restablecer una continuidad entre ella y el mundo. Esto no obedece ciertamente a una opción política como si la Iglesia luego de una cura de aislamiento hubiese resuelto después del Vaticano II tomar la actitud de apertura al mundo. Si fuera solamente esto se trataría de una jugada política que no merecería nuestra atención. La apertura al mundo que la Iglesia realizó en el Vaticano II es algo mucho más profundo: no es una jugada política, es la culminación de toda una corriente mística y espiritual que desde los comienzos del siglo XX circula en la Iglesia para terminar con el escándalo de un mundo dividido entre creyentes e incrédulos. Si hablamos de una presencia espiritual en el mundo actual es en virtud de una aventura espiritual que es la aventura de nuestro tiempo, aquella que vivieron en los comienzos de este siglo hombres tan diferentes y caracterizados como Charles de Foucauld y Teilhar de Chardin. Los dos rompieron las estructuras o la

manera de vivir tradicionalmente de la Iglesia para tratar de llenar el abismo que pudiera existir entre la Iglesia y los pobres, entre la Iglesia y la ciencia.

Tratando de presencia espiritual en el mundo de nuestro tiempo por medio de la vida religiosa, nos situamos en la corriente profética que siempre ha sido la propia de la vida religiosa. Hoy es necesario tomar el camino inverso del que ayer condujo a los religiosos a tomar distancia respecto al mundo, pero el movimiento espiritual es el mismo. Nos situamos ahora en el corazón del dinamismo espiritual que anima la Iglesia de nuestro tiempo desde el principio del siglo hasta el Vaticano II y hasta la Constitución Gaudium et Spes. Constitución que señala a la vez la cúspide de todo un dinamismo espiritual y el punto de partida de una búsqueda que comienza.

A nosotros, religiosos y religiosas, la fidelidad al Espíritu va a llevarnos a pensar en términos nuevos nuestra presencia en el mundo de nuestro tiempo. ¿Cómo caracterizar esta presencia? Va a llevarnos a recorrer con Cristo el camino de Nazareth y el de Jerusalén. Yo uno allí las dos actitudes complementarias que trataré luego de definir.

1. El camino de Nazareth

Se trata ante todo siguiendo las huellas de la encarnación de estar presente con Cristo en el corazón de la existencia humana. Esto no en contradicción de nuestra vocación religiosa ni porque hayamos visto una nueva dimensión que fuese preciso agregar a nuestra vocación religiosa, sino en el nombre de esa misma vocación.

En efecto, nuestra vocación nos llama a vivir el encuentro con Dios en el corazón mismo de la existencia humana. Por los tres votos de pobreza, de castidad y de obediencia, hemos sido llamados a situar nuestra fidelidad evangélica en el corazón mismo de los problemas más fundamentales de toda vida humana: el problema del trabajo, el problema del amor y el problema de la libertad. Nuestra vocación no solamente no debe hacernos extraños a las realidades humanas sino que nos llama a vivirlas hasta el fin y a ir a lo más profundo de las actitudes humanas.

El voto de pobreza nos lleva a ir hasta el fondo del sentido del trabajo humano, para manifestar la vocación de servicio.

El voto de castidad nos llama a ir hata el fondo del sentido del amor para manifestar la naturaleza profunda del don, de la gratuidad: dar la vida por los que amamos.

El voto de obediencia nos llama a ir hasta el fondo del compromiso libre. Nos jugamos nuestra libertad en el voto de obediencia más profundamente quizá de lo que se la juegan otros hombres, otros cristianos en la estructura del mundo. Nosotros nos la jugamos de manera radical, definitiva, absoluta, para manifestar a la vez la profundidad de la libertad humana y el sentido que tiene en la adhesión a la voluntad de Dios.

Visto esto así, un religioso es un cristiano a quien su vocación, lejos de hacerle extraño a los problemas humanos, le llama al corazón mismo de la vida humana; allí donde se juegan todos los hombres y todas las mujeres el drama de su existencia en los problemas del trabajo, en los problemas de la vida afectiva y el amor, en los problemas de la libertad. Allí, en todos los niveles para el conjunto de los hombres se desarrolla el drama de la libertad o de la servidumbre en el trabajo, en el amor, en el compromiso humano. En este nivel nuestra vocación nos llama a realizarnos, no al margen de los problemas humanos sino en el corazón de los problemas. Nuestra vocación nos prohibe en este plano toda superficialidad, no podemos contentarnos con vivir nuestra vida de trabajo en un nivel superficial No podemos en la vida afectiva, quedarnos en un plano superficial porque entonces no viviríamos nuestro voto de castidad y no seríamos fieles a Dios. Viviríamos el voto de castidad solamente en su dimensión exterior de abstención y de renuncia y no en su dimensión profunda de consagración y de oblación. Lo mismo podemos decir en el plano de la libertad.

Nuestra vocación es por lo tanto, una vocación encarnada en el sentido más profundo de la palabra y nos sitúa en el corazón de la existencia humana. En la medida en que en nombre de la fe y del encuentro con Dios vivida de manera radical y absoluta, trata de expresarse en forma de caridad, nuestra vocación nos conduce a participar en la lucha por la justicia en todas sus formas. De hecho, si repasamos la historia, nos damos cuenta de que en todas las épocas la vida religiosa ha estado presente en los problemas y en los combates del mundo. Se oye decir: los religiosos se han retirado del mundo, pero si miramos el mapa de Europa histórica y geográficamente durante los últimos quince siglos, ¿cuál es la institución humana que ha movido más piedras? ¿quién ha marcado más profundamente el suelo de Europa y América? ¿Quién ha suscitado más instituciones en favor de la cultura, de la educación, de la promoción, de las actividades caritativas? ¿Quién ha hecho más por remediar las necesidades humanas que los religiosos a quienes llaman extraños al mundo? Podríamos preguntarnos qué hubiera sucedido si no hubiesen estado presentes. De acuerdo con esta realidad podemos concluir que en todas las ocasiones la vida religiosa ha sido creadora de valores humanos, creadora de instituciones humanas. Siempre ha estado en la brecha del combate por la cultura, por la justicia, por la fraternidad. Desde ese punto de vista nosotros, quizá, no hemos tenido el mismo vigor creador que tuvieron nuestros antepasados. Es cierto que vivimos en un mundo más complejo y que este vigor creador debe expresarse de manera diferente. Es imposible que la vida religiosa si es auténtica, no sea creadora de valores en todos los planos.

En el plano del lenguaje y de la cultura, por ejemplo si nuestra vida es verdaderamente una vida para Dios, una vida de encuentro con Dios, es imposible e impensable que esto no se exprese en un lenguaje religioso renovado. La vida religiosa en sus grandes épocas fue creadora de lirismo. En los monasterios, en los conventos nació la música religiosa, la poesía religiosa, el arte religioso y esto no fue una casualidad; si nuestra vida está verdaderamente fundada en Dios, alimentada por Dios, vivida en Dios, es imposible que aquello no se traduzca en un lenguaje que exprese lo que

llevamos dentro; por lo tanto quizá en el mundo de hoy, nos está faltando ser creadores de lirismo.

En el plano de la justicia. La vida religiosa en todas las épocas ha creado multitud de instituciones para remediar toda clase de sufrimientos, de miserias, de injusticias humanas. Podemos decir que no hay en la historia de la humanidad sufrimientos o injusticia que no encuentre un alma consagrada a Dios que quiera poner remedio: los enfermos, los niños abandonados, los ancianos, los cautivos..., todo aquello encontró en otro tiempo instituciones particulares que tendían a remediarlo, a luchar contra cualquier forma de injusticia: instituciones caritativas, instituciones sociales, sindicatos, movimientos políticos, etc. En un contexto nuevo bajo formas nuevas siempre se tratará de permanecer en la brecha combatiendo en nombre del Evangelio por la justicia.

Creadora de fraternidad. La vida religiosa inventó la estructura de vida comunitaria que era desconocida en el mundo y que es representativa del tipo de sociedades nuevas signos del Reino. Hubo épocas en la historia de la Iglesia en las cuales los monasterios benedictinos eran los únicos lugares en los cuales podían encontrarse un rico y un pobre, un señor y un esclavo, un hombre cultivado y un hombre sin cultura, vivir juntos una fraternidad verdadera en una estructura armoniosa que a la vez favorecía el desarrollo de la personalidad y tenía las características de la libertad y del respeto mutuo. Aquello tenía valor de signo para toda la sociedad. Hoy en el mundo en que vivimos se buscan lugares de encuentro, de diálogo, tipos de instituciones que permiten un encuentro fraterno para las personas que llegan de horizontes diversos, creyentes e incrédulos, hombres de clases y culturas diferentes . . . ¿No es la misión de la vida religiosa hoy inventar formas de vida fraterna que a la vez que sirvan de ejemplo al mundo actual, sean un lugar de encuentro fraterno para personas de puntos de vista y de caracteres diferentes? Hay monasterios que han buscado cómo realizar esto y que lo buscan todavía y ciertamente que hay comunidades, fraternidades apostólicas que son en los barrios lugares privilegiados de encuentro y diálogo.

Por lo tanto la presencia en el mundo, ya sea en el corazón de las realidades humanas en nuestras vidas personales, o la presencia en la lucha y los combates de este mundo no es una elección política de hoy, es una exigencia de fidelidad a la Encarnación, y una exigencia de fidelidad a nuestra vocación religiosa vivida como signo profético ante los hombres de nuestro tiempo.

2. El camino de Jerusalén

Ahora tocamos otro aspecto del problema; aquel que llamaré el camino de Jerusalén. Nuestra presencia en el mundo solamente tiene sentido si es una presencia significante. Ciertamente no se trata de disolvernos nosotros religiosos, en el mundo, ni aún de disolvernos en el Pueblo de Dios para ser cristianos y cristianas indiferenciados de los demás. Se trata de derribar las

barreras que hacen que nuestro testimonio no sea un signo para los hombres de nuestro tiempo, o que sea un signo que ya no es legible, que no es comprensible. Se trata de estar presentes en el mundo de nuestro tiempo en nombre de una vocación exigente con un estilo de vida que sea significativo. Esa significación se expresará —para emplear un término actual—, como una contestación y una contestación positiva del mundo en el cual vivimos.

Presencia en el mundo de nuestro tiempo, sí, pero una presencia que va a denunciar cierto número de cosas, que va a *anunciar* el Reino venidero y que deberá conservar esa fuerza de la contestación positiva en todas sus actitudes. He dicho "una presencia que denuncia"; pero ¿qué es lo que debe denunciar en el mundo en que vivimos? Muchas cosas, basta una enumeración rápida. Primero hay que denunciar una cierta frivolidad del mundo en que vivimos, mundo en el cual se ha perdido el sentido de las realidades fundamentales: la vida, la muerte, el amor; un mundo en el cual todo esto ha perdido su significado porque lo único que cuenta es vivir "adaptado" a las estructuras del mundo. Es la forma moderna de aquello que Pascal llamaba "la diversión", un estado en el cual el hombre vive en la superficie de sí mismo captando únicamente sus sensaciones, sus impresiones, sus sentimientos. Ciertamente tenemos que denunciar esa superficialidad del mundo. La vida religiosa por su carácter radical y por la seriedad de sus compromisos es una denuncia de lo insignificante del mundo en el cual vivimos.

La aventura humana no es únicamente la aventura de un primate evolucionado al que la biología, la sicología, la sociología tratan de adaptar lo mejor posible a las estructuras de un mundo diversificado; es la aventura de alguien que es capaz de Dios. Los compromisos que contraemos en nombre de la fe: pobreza, castidad y obediencia son un recuerdo de esa dimensión profunda de la existencia humana. La libertad humana no se realiza solamente en relación con las estructuras del mundo, se realiza sobre todo en las dimensiones eternas del encuentro con Dios.

Denunciar también la alienación del hombre en la sociedad de consumo. En la medida en que nuestra vida y en particular nuestra pobreza sea rehusar a hacer del goce y el placer los motores de la existencia humana, será una denuncia de la sociedad de consumo.

¿Qué más hay que denunciar? La tentación de un Evangelio barato. Denunciar un nuevo concordismo Iglesia-mundo en el cual el cristiano abierto al mundo estaría presente en el mundo sin problemas. El cristiano debe estar presente en el mundo en nombre de Jesucristo. Esa presencia debe ser una presencia fraternal, abierta, sí, pero será siempre una presencia dramática porque la existencia del cristiano será siempre una contestación positiva al mundo en sus tentaciones y en su repliegue sobre sí mismo. No hay por lo tanto inserción en el mundo sin problemas. Nuestra vida que es vivida en lo absoluto de la fe, en la elección que manifiesta la dimensión pascual de la existencia cristiana, debe recordar que la existencia cristiana en el mundo se vive siempre a través del drama de la cruz. Un obispo ortodoxo decía que la forma cristiana de presencia en el mundo por excelencia es el martirio; es decir, la actitud del cristiano que ama al mundo en el momento en que éste le

lleva a la muerte y le conteste radicalmente. Esa es la forma cristiana del amor del mundo.

Ciertamente ahí tenemos una dimensión que en el mundo católico hemos olvidado quizá y que nuestras vidas consagradas tienen la misión de recordar en la Iglesia de nuestro tiempo. La presencia cristiana en el mundo pasa siempre por el camino de Pascua y de la Cruz.

¿Qué más hay que denunciar? La triple tentación del poder, del goce y de la autonomía. Los hombres han sido llamados por Dios a poseer la tierra pero pueden hacer de la posesión un absoluto. Los hombres tienen también necesidad de la felicidad y del encuentro mutuo en el amor, pero pueden hacer de ese ideal un goce agoísta. Los hombres deben realizarse en la libertad pero pueden hacer de esa libertad un repliegue sobre sí mismos en un mundo que se cierra a Dios. Ante esa triple tentación del poder, del goce y de la autonomía nuestra vocación religiosa está llamada a afirmar por los votos de pobreza, de castidad y de obediencia que el sentido profundo de la vida es el servicio, el amor, la libertad, vividos como hijos de Dios. Entonces frente a todo esto lo que hay que buscar hoy, y es quizá uno de los aspectos más importantes de la renovación de la vida religiosa, son las actitudes que serán una contestación evangélica al mundo de este tiempo; las actitudes que denuncian la alienación, la esclavitud del hombre en todos los aspectos y que anuncian el Reino venidero..

En el plano del trabajo. Ayer la contestación positiva de la vida religiosa se expresaba mediante un voto de pobreza que se vivía en un trabajo gratuito o en una vida basada en la limosna. Hoy el trabajo religioso es cada día más y más un trabajo remunerado en las diferentes profesiones humanas.

¿Cómo en este contexto de salario puede vivirse el voto de pobreza como una contestación positiva de los peligros y las desviaciones del momento actual? Romper el lazo trabajo-rendimiento-provecho para afirmar que la esencia profunda del trabajo es el servicio. Tenemos que hacer brillar a los ojos de todos que la dignidad profunda del trabajo está en ser un servicio a los hermanos y a la gloria de Dios.

¿Qué podrá mantener y subrayar el elemento de gratuidad en el trabajo asalariado? Por ejemplo, una religiosa enfermera recibe el mismo salario que otras enfermeras. Lo que manifestará el sentido de "servicio" en su trabajo no es pues el hecho de no recibir salario, pero no hará del lazo trabajo-salario un resultado absoluto; para ella lo esencial será trabajo-servicio y servicio en particular de los más pobres; el salario será algo de más que vendrá, como es natural, para las necesidades de la vida. Lo que determinará la calidad del trabajo no será la calidad del salario sino las necesidades de los hombres y del servicio. También hay que romper el lazo trabajo-ganancia-consumo. Muchos de nuestros contemporáneos trabajan lo más posible para ganar lo más posible y consumir lo más posible: pensemos la alienación en una sociedad de consumo en las compras a crédito, en las horas extras con todo lo que esto representa de alienación. Ante todo ésto nuestro trabajo-salario debe manifestar la primacía de ciertos valores esenciales de la vida sobre el

consumo. Alguien que no trabaja horas extras porque estima que el descanso, la cultura, la oración, la vida familiar y el encuentro con el otro son valores más grandes que los bienes de consumo suplementarios. Estos son puntos muy concretos en los cuales nuestra pobreza religiosa puede ser una contestación a la alienación moderna del goce y del poder. Romper el lazo trabajo-competencia. En el mundo en que vivmos el trabajo es el lugar de competencia, el lugar donde el hombre es fácilmente un lobo para el hombre. Nuestra manera de trabajar deberá manifestar que el trabajo es ante todo un lugar de encuentro y de ayuda mutua, el lugar donde se ayuda a los más débiles en vez de pisotearles para pasar adelante, todo esto puede denunciar la alienación del trabajo y manifestar que lo esencial es servir a los hombres. En todo esto nuestra vocación no nos exige nada más de lo que exige a todo cristiano, pero nos da una mayor libertad para denunciar al mundo su esclavitud.

En el plano de la pobreza también la vida fraterna nos da una seguridad, no hay que negarlo. Esa seguridad es para nosotros algunas veces problema pero me parece que no tenemos porqué sonrojarnos de esa seguridad y de la libertad que la acompaña puesto que en sí mismas son un bien puesto que no nacen de la explotación de los demás; lo que hace mala la seguridad es el que se la construya sobre la explotación, sobre la injusticia; pero si la seguridad que nos da la vida religiosa viene de la ayuda mutua, esa seguridad es buena y puede servir de modelo para los demás que en otros contextos podrán crear ayudas semejantes. Más profundamente: esta seguridad, esta libertad que la vida religiosa nos da en lo económico solo tienen sentido si nos hacen más libres para participar de manera activa en la lucha por los más pobres y los más débiles.

La presencia entre los más pobres es, en efecto, lo que el Evangelio nos pide hoy y ciertamente es una de las formas actuales de nuestro voto de pobreza.

En el plano del amor. Ciertamente nuestra vida de celibato por el Reino de Dios debe denunciar hoy la objetivación de la mujer en la sociedad de consumo. En la publicidad actual la mujer es el símbolo de todo lo comercial. Tenemos que reaccionar fuertemente contra ésto para promover una auténtica imagen de la mujer en su vocación personal. Tenemos que buscar las actitudes que testimoniarán hoy la nueva imagen de la mujer, de lo que es esencial a su vocación, de lo que constituye su puesto en el mundo y del sentido nuevo que deben tener en un mundo mixto las relaciones hombre-mujer.

En el pasado la complementaridad masculino-femenina quizá fue vista demasiado exclusivamente en la pareja. Quizá hoy cuando la mujer se ha hecho mucho más presente en el mundo tanto en el aspecto social como político, las religiosas y los religiosos tienen que dar testimonio de un nuevo tipo de complementaridad, ya no en la pareja sino en el servicio de la humanidad y en particular en el servicio de los más pobres.

La presencia en el mundo es para nosotros por lo tanto una exigencia de nuestra vocación. ¿Pero qué presencia? una presencia significante de los

valores del Reino, como toda presencia cristiana, es cierto, pero con un vigor y una intensidad más grandes quizá. No creo que haya responsabilidades o compromisos que sean exclusivos de los religiosos. Un religioso y una religiosa son cristianos que intentan vivir auténticamente el Evangelio, lo que puede exigírseles es solamente la intensidad, la radicalidad. Las obligaciones de los religiosos en cuanto a su inserción en el mundo provienen del carisma evangélico que han recibido, esto es, la exigencia de una mayor intensidad en su modo de presencia evangélica en el mundo de nuestro tiempo.

La diferencia con el mundo de los laicos no será una diferencia de naturaleza sino más bien una diferencia de manera, de intensidad. En esta perspectiva ¿cuál es la característica de la presencia en el mundo del religioso y de la religiosa? Primero, una atención más activa a los más pobres.

Cuidado de los más pobres, cuidado de la promoción total del hombre y en particular de la promoción espiritual; tal es la preocupación que debe manifestar nuestro compromiso; debemos luchar contra todo lo que tienda a limitar arbitrariamente la promoción del hombre, somos mensajeros del Reino y tenemos obligación de trabajar por su crecimiento.

Para terminar: otra característica de nuestro estado puede ser la dimensión fraterna de nuestros compromisos. Primero porque no los asumimos solos sino en el corazón de una fraternidad con los hermanos y las hermanas que la comparten y porque en ese compromiso debemos tener una preocupación especial por crear comunión, por vivir en verdadera fraternidad.

Frente a los actuales problemas de la manera de inserción en el mundo solo hay una solución: ir lo más lejos posible en nuestra fidelidad al Evangelio.

Lo que caracteriza la presencia religiosa en el corazón del mundo de nuestro tiempo es la libertad, el vigor evangélico signos de los valores del Reino.

Tomado del P. Michel Rondet, Ediciones Cerf. París, 1974.

¿COMO HACER COMUNIDAD?

Eduardo Briceño, S.J.

Esta pregunta es hoy muy frecuente. En todas las congregaciones religiosas existe la misma inquietud. En la vida de comunidad experimentada profundamente, se han puesto grandes esperanzas de renovación. Muchos religiosos se han lanzado por el camino de las experiencias. Los resultados han sido enteramente diversos. Han recorrido toda la gama del espectro. Unas sencillas reflexiones pueden quizás darnos luz sobre el complejo problema.

¿Cómo hacer comunidad? Esta pregunta supone otra: ¿Por qué hacer comunidad? Comenzar por la primera es un error. Equivale a quemar una etapa fundamental, la de la motivación. Es el cimiento. Si este falla, el edificio necesariamente se vendrá abajo.

¿Por qué hacer comunidad? Esta pregunta se puede responder de mil maneras: quiero hacer comunidad porque encuentro en ella una ayuda para mi vida de fe, para el desarrollo de mi personalidad, para la eficacia de mi actividad apostólica. Todas estas razones son valederas, pero no tocan el fondo del problema. Y hay que tocarlo para que el cimiento sea inconmovible.

¿Por qué hacer comunidad? Porque el Señor me ha llamado a ello. La vida comunitaria es una vocación. Es un carisma. Dios es comunidad trinitaria. La comunicación más perfecta; la intimidad más profunda que podemos concebir. El llamamiento a la vida cristiana que es participación de la divina, es por lo tanto un llamamiento a la unión y a la intimidad. La vida religiosa es una manera de vivir radicalmente el cristianismo. Debe, por lo tanto, ser una vivencia radical de la unión. Y eso es en el fondo la comunidad: la fe compartida: la vocación, los anhelos, las inquietudes, los quebrantos, las alegrías vividos en común.

Comunidad es "vivir con", vivir en plural. No "vivo", "vivimos". Es la unión de las personas divinas, repetida en nosotros cuanto es posible. Es claro

que si la comunidad se concibe así, vamos a encontrar en ella una formidable ayuda para nuestra vida de fe. Para poderla mantener será necesario profundizar todos los días en el plan de Dios sobre la humanidad, en su intervención en nuestra propia vida, en su manifestación por medio de las circunstancias concretas que nos rodean. Para llegar a eso necesitamos hacernos contemplativos, descubrir a Dios en todas las cosas. Es el don incomparable de la oración que el Señor nos dará por medio de la vida comunitaria. Una oración en la vida y una oración en los tiempos fuertes de la Eucaristía, del rezo en común, de los días de desierto. Las dificultades compartidas nos harán descubrir a Dios en medio de ellas y al hacerlo, encontraremos fortaleza para superarlas. Las alegrías puestas en común se harán más íntimas y más radiantes, nos darán confianza en nosotros mismos, nos harán mirar con ilusión el porvenir.

Evidentemente esta vida comunitaria tiene que ser signo para los hombres. Signo de que no es una quimera la unión y la fraternidad a que el Señor nos llamó con palabras tan urgentes (Jn. 17, 20—24); de la que hizo el argumento de credibilidad para su misión divina (Id. ibid.); por la que ofreció su vida (Jn. 11, 52). Signo de que todos los hombres estamos llamados a esta fraternidad que cada día se hace más necesaria.

Pero es además un testimonio. Ninguna predicación más eficaz que este amor vivo. Esa fue la de los primeros cristianos (Hec. 4, 32). Esa es la que siguen ejerciendo muchas comunidades en la Iglesia con una fuerza irresistible que penetra y cautiva.

Un ambiente de tanta plenitud favorece sin duda el desarrollo de la personalidad. Hemos visto cómo personas que parecían encogidas y pusilánimes, al vivir profundamente la comunidad se abren, se equilibran, cobran ilusión por el trabajo, van sintiendo que se realizan en él y llegan a hacerse capaces de empresas arriesgadas y difíciles.

De ahí tiene que resultar la eficacia apostólica. Si la comunidad de vida lo es también de trabajo, entonces las fuerzas se suman con empuje irresistible. Si los trabajos son diferentes pero se pone en común, esa confrontación descubre errores y posibilidades, da ánimos, abre horizontes.

Ya sabemos por qué se debe hacer comunidad. Ahora estamos en capacidad de responder a la pregunta inicial: ¿cómo hacer comunidad? Y lo primero será no lanzarse antes de que los posibles integrantes hayan asimilado la motivación. Una precipitación puede comprometer el resultado. Pero la preparación es ya un comienzo. Cuando se vea que se ha alcanzado la madurez necesaria, entonces se puede considerar llegado el momento de lanzarse.

No se pueden dar normas fijas sobre las diversas clases de reuniones que haya de tener cada comunidad ni sobre la periodicidad con que hayan de realizarse. Cada grupo ha de buscar su propio ritmo. Pero las reuniones son necesarias. La Eucaristía, la oración en común, algunos momentos fuertes de retiro. Ahí se va fraguando la comunidad de fe. Revisiones de vida, revisiones

de apostolado son encuentros imprescindibles para darnos a conocer y así llegarnos a amar.

En esas reuniones hay que tender a una profundidad cada día mayor. Es un proceso doloroso en el que suelen presentarse fuertes crisis. No hay que temerlas. La crisis purifica, fortifica, hace crecer. Pero hay que manejarla con cuidado. Conservando la paz y la esperanza. Recordando continuamente los grandes motivos. Buscando con tenacidad las soluciones. Al fin llegarán y entonces se comprenderá que la crisis fue el paso hacia la madurez.

Hay una virtud que tiene una especial fuerza aglutinante. Es la pobreza. Porque nos hace renunciar a algo, nos deja más libres para darnos; porque nos hace salir de nosotros mismos, nos dispone para ir al encuentro de los demás. Por eso es importante estudiar cuidadosamente la organización económica de la comunidad. Y si se logra que vaya enderazada hacia una vivencia auténtica de la pobreza, entonces se habrá dado un paso decisivo para la unión.

Podríamos continuar porque el tema es inagotable. Basten estas indicaciones para responder a la pregunta que nos propusimos al principio.

¿COMUNIDADES PEQUEÑAS?

Jorge Fernando Uribe, S.J.

Uno de los aspectos importantes que hoy día presenta la renovación de las órdenes religiosas para mejor responder a nuestro tiempo es, la configuración de pequeñas comunidades.

Ha pasado el tiempo de las "grandes" comunidades que ocupando magníficas residencias, daban todo un aspecto señorial a nuestros pueblos y un tono sombrío a nuestras ciudades. Aquellas residencias, verdaderos castillos feudales, donde todo se tenía a mano, desde el servicio médico hasta la cosecha del maíz, pretendían en aquella época, no muy lejana que digamos, dar una adecuada formación al religioso. No entraremos a discutir si era o no lo más acertado, lo cierto es que hoy esas residencias van quedando desocupadas y no sólo por la falta de vocaciones!

La historia continuamente va dando vuelcos y de una formación "apartada del mundo": se ha pasado a una formación "en el mundo", he aquí todo un cambio, ya hemos salido de nuestros claustros monacales a vivir, a estudiar, a relacionarnos y divertirnos como lo hacen el común de las gentes y como ellos, vamos día a día sintiendo las preocupaciones, tensiones y desengaños que sufre el hombre en nuestro mundo contemporáneo, pero valga este sentir!

Esta inmersión da cabida a nuevos valores, la responsabilidad compartida, la participación, el trabajo en grupos, la problemática social, la educación recibida, etc. van creando en el seno de nuestras comunidades un sentido más crítico, poco a poco vamos pasando de una institucionalización rígida de nuestra vida religiosa donde los modelos de fe, de comportamiento; los papeles en la sociedad, su estructuración, los ritos y símbolos salen de una norma objetiva, oficial, legal y permanente que sólo conducen a la tenencia de un carisma que se ha estratificado, donde una espiritualidad consiste en una serie de datos biográficos sistematizados y en una reseña "triunfalista" de los grandes momentos vividos por las órdenes que no corresponde en ningún

momento a un ambiente y situación más vital, más existencial. En una espiritualidad así de estratificada no es para menos que exista una autoridad vertical, donde las necesidades del individuo son ahogadas en el sostenimiento de unos "status" logrados por la institución, una pobreza individual falseada que sólo enmascara una gran riqueza colectiva, una pobreza falsa que no es en ninguna manera vínculo pasivo que nos haga sentir como necesidad la mayor riqueza, el "otro hombre", como diría uno de los hombres de nuestro tiempo. En esta situación podríamos preguntarnos cuál es la novedad que como religiosos estamos presentando al mundo de hoy, ¿ninguna verdad? Pero como decíamos, vamos pasando de este rigorismo institucional a un modo de vida que corresponda más a lo propio de nuestros carismas, que de no ser ellos fuente continua de renovación, fuera de toda rutina, ajenos a instituciones establecidas, insólitos, espontáneos y creativos, deberán perecer. Cuando lo extraordinario se convierte en cotidiano, eso es revolución, es el Espíritu Santo que vive y actúa en su Iglesia.

Dentro de este ámbito de revolución en la vida religiosa, surgen las pequeñas comunidades que viviendo en un contexto más familiar y no de sociedad anónima; más personalizante, donde una autoridad no tiene que ser ya vertical para poder "dominar" toda una institución de marcado acento burocrático, sino una autoridad de servicio que tiene en cuenta las necesidades del individuo para que su acción sea creíble y no se contraponga con su pensamiento; donde se vive ya no un conflicto individuo-institución sino una comunidad donde los problemas, conflictos, desengaños y luchas son recibidos como búsqueda de hermanos de una mayor autenticidad, de un mayor compromiso con una realidad histórica concreta; donde se viva el verdadero espíritu de nuestros votos;encontraremos el verdadero valor y sentido de nuestra vida religiosa. Viviremos más de acuerdo con nuestro tiempo, viviendo en un contexto de inseguridad, de "pequeñez", de humildad al reconocer nuestra poquedad porque no somos los llamados o mejor, los "encargados" absolutos de dar solución a todos los problemas de nuestro mundo. No podemos seguir viviendo refugiados en la protección casi materna de nuestras instituciones, porque así las órdenes religiosas tendrán que terminar, solo subsistirá la vida religiosa como explicitación de un carisma siempre nuevo, siempre creativo capaz de aportar algo novedoso, algo dinámico a nuestro mundo.

Las pequeñas comunidades son vistas con recelo, son vistas como artificiales, sin ideales, sin fines, sin medios comunes, sin planes lo suficientemente estructurados como para saber qué se va a hacer y cómo se va a hacer. Estos recelos no son fruto sino de un razonamiento que se ha fraguado dentro de ese marco institucionalizado de la vida religiosa incapaz muchas veces de abrirse al riesgo, no a la aventura, sino al riesgo que implica la búsqueda de una mayor autenticidad de nuestra vida religiosa.

Es apenas lógico pensar que las pequeñas comunidades tengan sus fallas, sus riesgos ciertamente negativos, se pueden presentar permanentes desmembraciones que a la larga se conviertan en una verdadera atomización imposible de frenar; la formación de gettos que no causan más que un divisionismo o, la pérdida de sentido de cuerpo. Pero por otra parte, una

conciencia progresivamente clara de los problemas sociales, una vivencia comunitaria personalizante, una comunión más auténtica y profunda con el resto de los hombres, especialmente con los más pobres, hacen de las pequeñas comunidades un factor que agudiza la crisis institucional, que lejos de ser destructiva y preocupante, es señal de purificación y de retorno a un carisma primigenio que debe encontrar en el aquí y ahora nuevas formas y estructuras de realización.

¿CABE LA JUVENTUD EN NUESTROS NOVICIADOS?

La pregunta es pertinente, porque la vida religiosa se está manifestando ESTRECHA para muchas almas de amplia visión panorámica. Mejor: La vida religiosa es suficientemente ancha; somos nosotros los que la estamos estrechando.

Este triste hecho tiene dos manifestaciones.

PRIMERA: Son muchos los religiosos profesos que no caben dentro, dada la reducción que estamos haciendo de nuestra vida. Pongo énfasis en las palabras "NO CABEN". No caben, en efecto, porque buscan mayor libertad de movimientos, mayor amplitud, mayor agilidad de las estructuras (había que pronunciar esta palabra que polariza actitudes en favor y en contra).

SEGUNDA: La juventud con una visión AMPLIA de la misión de la Iglesia, de su trascendental papel, de su proyección universal, NO ENTRA, porque no cabe en los viejos moldes que les presentamos.

Yo sé que lo que acabo de decir es grave, serio, preocupante, como para quitar el sueño a los que deben pensar en LA IGLESIA y en su porvenir en el mundo.

Todo esto lo expresó con una frase trágica un religioso que ocupa una posición clave en nuestra Iglesia, un día en que yo le exponía mi preocupación ante este problema. "Los profetas, me dijo, no caben en la vida religiosa". Y añadió: "Nunca han cabido en la historia de la salvación". . . Esa frase me hirió como una espada, porque. . . deberían caber y aun vivir a sus anchas. La vida religiosa debería ser "el lugar" de los profetas, porque o recuerdo mal o así ha sido definida en algún documento oficial.

La frase que comentamos no es del todo exacta, pero ha sido confirmada hartas veces por la historia. Que cada uno repase los hechos que le son conocidos en su propia Congregación y tal vez llegará por sí mismo a esa conclusión. ¿No equivale esa frase a decir que los Santos han sido perseguidos dentro de sus propias Congregaciones? Pues bien: Eso lo confirma la historia.

Pero volvamos sobre nuestros pasos y empecemos de nuevo: Hay seres grandes que no caben dentro de la vida religiosa. No nos dejemos aturdir por la gravedad de la afirmación. Procuremos encajarla. Para ayudar esa operación mental, diré algo que parece contradictorio con esa afirmación:

Esas almas que sí tienen mirada amplia, que son profetas, que tienen como una antena que les descubre eso que hemos dado en llamar SIGNOS DE LOS TIEMPOS, suelen ser difíciles de entender y aun de manejar. Me explico: Esas personas, a la vez que son amplias y clarividentes del sentido y la dirección de la historia, del destino de la humanidad y del soplo del Espíritu, suelen llevar consigo algún elemento de desequilibrio. Atención a lo que digo. No es invención gratuita mía. Es dato tomado del estudio de muchos casos concretos. Algunos —no pocos— han sido estudiados detenidamente, sin prevención, objetivamente (en lo que cabe). Algunos de ellos han reconocido en sí ese elemento de desequilibrio.

Los casos son numerosos y en ellos coexisten dos elementos:

Una clarividencia profética y ese elemento desequilibrante de que hablamos. Esa mezcla resulta explosiva por lo siguiente:

El clarividente, si lo es (y partimos del supuesto de que esas personas lo son) no va a cerrar los ojos a lo que ve. Y en eso que ve tiene razón. Las cosas van por donde él dice. Pero con frecuencia esa clarividencia hace a esos sujetos creídos, independientes, engreídos, suficientes, arrogantes, altivos, agresivos, soberbios. No siempre se reúnen en un individuo todos estos rasgos, pero casi siempre poseen alguno en mayor o menor grado.

Si es verdad la última afirmación, se podrían distinguir dos clases de profetas:

Una la de los profetas "naturales". Quiero decir: La de los profetas que lo son por una especie de intuición NATURAL de los signos de los tiempos. Esa intuición es un don natural, humano, una cualidad de su psique; es todo su ser el que está proyectado hacia el futuro y sienten, o mejor, presienten con certeza lo que va a venir. Hay en ellos algún sentido que lo percibe.

Ahora bien: Ese sentido natural puede coexistir con el orgullo, la altanería la altivez, la independencia desdeñosa e incluso con la agresividad y estos defectos pueden dañar la aceptación por parte de los demás de su visión objetiva del porvenir. Su visión es verdadera, pero su orgullo envenena sus relaciones interpersonales y crea problemas comunitarios, que ensombrecen lo que podría aportar su don natural profético. Se puede, pues, afirmar que tienen razón y no la tienen. La tienen en su visión del futuro. No la tienen en sus actuaciones, en su actitud, en su MODO de defender sus puntos de vista, que resulta chocante, insultante y casi siempre creador de tensiones.

La otra clase de profetas es la de los poseídos del ESPIRITU. Estos son también profetas naturales, porque Dios suele valerse de ese mismo don suyo

natural. Pero éstos cuentan con el equilibrio que da EL ESPIRITU. Su actuación es completamente diferente: Estos son sencillos, constantes, consecuentes, humildes. Pueden crear tensiones, pero con su constancia y su perseverancia, no con su actitud personal altiva y agresiva. Más bien que insultar, son insultados; más bien que destruir, construyen; más bien que desequilibrio, llevan paz y armonía; no hieren, ni atacan; no "se altivan"; no ofenden, no sacan a relucir trapos sucios de sus opositores; perdonan, aguantan, no se cansan, no se desinflan, no se queman, no llegan jamás al aburrimiento, no se destruyen interiormente, sino que llevan consigo la paz, juntamente con una constancia invencible e irreductible.

Los de la primera clase se rebelan, critican, atacan, hieren, molestan, viven tensos y esa tensión los lleva a la autodestrucción: Llega un momento en que lo echan todo a rodar, en que se cansan, en que el cansancio puede llegar a la depresión y aun a la angustia. Esos suelen acabar por huir, por abandonar la lucha, por ser derrotados. Al menos suelen caer en la amargura, en el resentimiento, y luego en la pasividad.

Si a estos profetas fuera posible llevarlos a descubrir ese elemento de desequilibrio íntimo que llevan consigo, se les salvaría y se les podría hacer pasar a la clase de los profetas poseídos por EL ESPIRITU. La tarea no es fácil; pero merecería la pena intentarla. Una de las alegrías más positivas de nuestra vida es el haberlo conseguido algunas veces, no muchas.

Pero volvamos a empezar: Esas almas amplias, proféticas, tienen una visión que interesa a la Iglesia. Lo cual quiere decir que, aunque alguna vez, por gran desgracia, ellos se destruyan, su visión sigue siendo verdadera. Al menos tiene algún elemento aprovechable y debemos aceptarla, porque ellos, a pesar de todo, SON PROFETAS DE LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS. Y se debe intentar también salvarlos a ellos, a la par que su cosmovisión.

Se conseguiría ese doble objetivo si los que encarnan las ESTRUCTURAS, necesarias en la Iglesia, fueran amplios, anchos, generosos, magnánimos; a condición de que no sean cándidos. . . Difícil equilibrio. Pero tenemos que intentar entender y ganar esas personas, por caridad primero y después porque la Iglesia (esto es, el mundo) las necesita. Pero, como es preciso eliminar ese elemento des-equilibrante, se necesita suma habilidad para conseguir separar los dos elementos que trabajan tan junto en el alma de esas personas. Lo repetimos: La tarea es ardua, erizada de obstáculos. Pobres "jerarcas"!

* * *

Ahora podemos volver la vista a LAS CASAS DE FORMACION. Decíamos antes: En ellas deben caber las almas con visión amplia del apostolado, de la misión de la Iglesia, de la dirección en la que EL ESPIRITU lleva al mundo.

Y aquí es donde se nos presenta la acuciante pregunta: ¿Caben esas almas en nuestras CASAS DE FORMACION?

Apenas existe pregunta más angustiosa en nuestros días, porque de la respuesta que se le dé depende el porvenir de la misma vida religiosa. Si esas almas caben, subsistirá; si no caben, se terminará. Porque el porvenir está en la dirección que ellos señalan, ¿quién duda de eso?

Esto nos trae al pensamiento otra cuestión: Para que esas almas quepan en esas casas, debemos romper los moldes actuales.

Que nadie se asuste, ni empiece a recoger piedras para arrojármelas. No lo digo para acabar con la vida religiosa, sino para defenderla y perpetuarla, porque yo pienso que el mundo la necesita. La prueba de ello está en que yo soy de los que no han huído, sino de los que han quedado.

Pero he conocido casos evidentes, claros, aleccionadores, ejemplares. Casos de JOVENES —hombres y mujeres— maravillosos, que se fueron a un Noviciado precisamente porque lo eran y luego se encontraron con una situación tan ANGUSTIOSA que hacía llorar. En el Noviciado habían sufrido una tremenda desilusión, una amarga decepción. ¿Y han pensado ustedes que el adjetivo "ANGUSTIOSA" viene de ANGUSTIA y angustia de ANGOSTO y que angosto significa ESTRECHO? Una situación angustiosa es, pues, una situación estrecha, situación que ahoga, que encoge las alas, que limita el horizonte, que oprime. Todo esto era cierto en casos concretos que yo he conocido y estudiado. Y las personas angustiadas eran almas grandes, generosas que habían dejado el mundo que les sonreía, que les hubiera dado lo que él da, por mentido que sea.

¿Consiste en esto LA CRISIS DE VOCACIONES? Mientras este problema no se resuelva, no se volverán a llenar los Noviciados. . .

Paréceme que afirmaciones tan graves como las hechas necesitan una comprobación. Intentémosla:

Imaginémonos que se trata de una joven de hasta veinte años, edad muy corriente hoy en los noviciados de mujeres. Esta tiene cualidades personales excepcionales; intelectualmente notable; corporalmente atractiva y simpática; religiosamente vive una vida de piedad de entrega al prójimo; afectivamente equilibrada, hasta el punto de haber estado en relación normal con jóvenes en la Universidad, en movimientos juveniles y en campamentos de misión sin haber experimentado desequillibrio alguno, ni dependencia especial a ninguno de ellos, aunque es normalmente femenina.

Imaginémonos también que, como consecuencia de su entrega al apostolado y de su vida sincera de piedad, pensó en la entrega TOTAL a Dios y se fue a un noviciado.

Y aquí es donde pueden empezar para ella días muy difíciles. Es muy activa y allí está todo el día encerrada y sin actividad apostólica alguna; únicamente ocupada en su formación. Además se siente SIN LIBERTAD, como asfixiada. Cuando llegó, lo aceptó todo; pero poco a poco se va

apoderando de ella como un ansia incontenible de volver a ser apóstol y libre. Puede suceder que durante el postulantado le permitan seguir estudiando fuera de la casa de Formación; pero, sin saber por qué, se ha vuelto apática en el estudio y apenas tiene relación con los del curso, porque la Hermana que la acompaña le da la sensación de que la cuida y la vigila.

Allí, en el Noviciado le ha tocado sufrir mucho: Ha sentido como un crechazo de las otras novicias y ella las ve de una manera rara. "Me dan la impresión de que obran como niñas, siempre bajo la mirada de la Maestra y como con un deseo secreto de agradarla, en una dependencia infantil".

A ratos siente que le han cogido antipatía: La creen auto-suficiente, porque ha estado en campamentos de misión. En fin, día a día, sin advertirlo, se le ha ido metiendo en el alma una idea fija: ESTE AMBIENTE NO ES EL MIO.

Y ahora ocurre que en su alma se ha desatado una lucha violenta entre lo que ella siente como su vocación y su fidelidad a Dios y esta realidad ambiental. Aquel sentimiento le dice que debe perseverar, que esto será pasajero, que la fidelidad se demuestra sufriendo; y el segundo, en cambio, le dice que este ambiente no es para ella, que nunca se podrá someter a este intento de encuadramiento, de remodelamiento, de destrucción de lo que es más suyo.

A veces se pone a pensar (no sé si esto no será soñar) y se dice a sí misma: "¿Por qué mi formación no se hace dentro del mundo, de suerte que fuera auto-formación? ¿Por qué mi formación no se hace a través de otros? Deberíamos vivir con el Evangelio en la mano, "a la evangélica", y eso sería la solución".

Pero sería ella capaz de vivir "¿a la apostólica? ". Tal vez no se ha detenido a pensarlo. No obstante a veces piensa que en su vida actual hay demasiados cálculos y demasiadas seguridades. A veces piensa que sería capaz de la aventura de lo incierto; a veces lo duda. Pero lo que la hace sufrir es que, cuando expone todo esto en un diálogo, se le dice que tiene ideas muy peregrinas, que es una idealista de primera, que sueña despierta. . . Ella admite que eso podría ser, pero tiene que reconocer que algo la llama en esa dirección.

Además las jóvenes piensan así: Ella asegura que conoce un colegio en el que hay varias niñas de las que trabajan en movimientos apostólicos que desean entrar en un Noviciado, pero que mientras vean a los Noviciados con esa estechez y limitación de horizontes, no entrarán.

Todo esto ha creado en ella una tremenda TENSION: Se pregunta angustiada si está equivocada, si tiene derecho a imponer a las demás sus ideas y sus ilusiones. En su alma se ha enredado una lucha que la está destrozando. No se puede concentrar; a veces le dan ganas de echar a correr; otras veces siente una pena muy honda. Y para colmo de males no ha encontrado a quien

comunicarla, porque la Maestra es buena, cree que es sincera, que vive lo que piensa, pero no la comprende y a veces le da la sensación de que la quiere meter en un molde que ella cree perfecto y que tal vez lo sea, pero que a ella le repugna. Se siente incapaz de dejarse moldear.

"Cuando yo estaba en los grupos de jóvenes, dice, YO era YO misma, era "fulanita"; aquí me siento otra. Para mí, ahora al menos, me resulta esencial ser YO MISMA; no podré prescindir de eso. . . ¿Por qué no se fijan en mis cualidades? ¿Por qué exageran mis defectos? Yo deseo ser distinta de las demás". . .

Imaginemos ahora una reunión de Novicias en un Noviciado así. Imaginemos que concurren a ella dos de esta clase de jóvenes, que comulgan en las mismas ideas. Imaginémonos oir a una de ella:

"El otro día tuvimos una reunión. Fuimos a ella mi compañera y yo; previamente habíamos tenido las dos una conferencia para tratar la marcha de nuestro Noviciado. Terminamos proponiéndonos las dos que nuestro Noviciado tenía que cambiar, que era esencial que hiciéramos una transformación del Noviciado. Pero, al proponerlo, mi compañera fue rechazada. En vista de lo cual, sin saber cómo, me vi envuelta en una disputa con la M. Maestra. Le dije sin más que debería ser más flexible. Fue un momento difícil. No me dijo nada, pero yo quedé impresionada. Lo he estado pensando mucho y me siento bajo los efectos de una tensión interior, que a veces me ahoga". . .

He aquí un conjunto de elementos, reunidos de acá y de allá, pero todos reales. Podemos decir que el conjunto nos suministra datos de una excepcional importancia. No podemos dejar de ver que en conjunto forman como un dedo que señala una dirección que ha de seguir la vida religiosa del futuro.

Pero una vez dicho lo anterior, no es posible dejar de ver en este cuadro muchos elementos SUBJETIVOS, que son los que le dan a la situación esa acrimonia que la hace casi agresiva. Se nota demasiado la emoción y la emoción hace que las situaciones resulten explosivas.

Pensando las cosas con calma, advertimos sin dificultad que en esta juventud laten dos clases de elementos de diverso valor: Unos de valor positivo –los que señalan una dirección posible en el futuro– y otros de valor Negativo. Los que tiene origen en un estado de ánimo marcadamente SUBJETIVO, en el que se ha infiltrado un elemento perturbador: Una exagerada valoración de sí misma, rayana en el ORGULLO, si no lo es abiertamente.

Es difícil dejar de percibir este orgullo a lo largo de la narración o descripción que hemos hecho; el "YO" aparece sin demasiado ocultamiento. No es difícil percibir que se confunde lo que podíamos llamar "la línea del YO", con lo que podíamos denominar "la línea de lo personal". No es

idéntico el "YO", presa fácil de la vanidad, de la presunción y del orgullo, que LA PERSONA y su dignidad, asiento de los valores espirituales más venerables. Es seguro que, cuando esas jóvenes desean defender lo que ellas llaman "su identidad", su "personalidad", es realmente LA PERSONALIDAD AUTENTICA lo que están defendiendo? ¿O es más bien ciertos rebetes del YO hábilmente revestidos con el ropaje, siempre venerable, de la dignidad personal?

La historia de esas jóvenes podría ilustrarnos: Ellas han militado en movimientos juveniles y por cierto con mucha dignidad, con no pocas virtudes y con harta gloria. ¿Pero no se habrá insinuado en el alma femenina, tan débil ante los ataques de la vanidad, un cierto concepto exagerado de que su visión del mundo es la exacta, la precisa, la que todos deben respetar? ¿No habrá en su cosmo-visión actual un dogmatismo peligroso, que es precisamente lo que ellas atribuyen a su Maestra de Novicias?

La idea "abultada" de su YO y su cosmo-visión la han ido alimentando secretamente durante largo tiempo, apoyada en sus mismas virtudes y méritos. Esa idea "egótica" se puede haber convertido secretamente —en su inconsciente— es una "idea directriz" de sus vidas y, cuando han caído en un ambiente distinto, en el que ellas no son el centro y las admiradas, el YO preterido y dejado en segundo plano se ha visto atacado y se ha dispuesto a defender sus derechos. Pero, al defenderse, ha producido en el alma de estas jóvenes un enorme desequilibrio: El "YO" una vez colocado en primer plano, no se resigna a quedar oculto y olvidado. No existe en la psique humana mayor elemento de desequilibrio que el YO HERIDO. El produce las mayores TENSIONES dentro del alma humana; Sin temor a dudas puede decirse que persona egótica será persona alborotada y desequilibrada.

Se impone, pues, una tarea nada fácil: Ir constatando qué situaciones de las descritas se deben a la realidad de lo que exige la vida religiosa HOY y cuáles otras se deben a ese elemento perturbador y desequilibrante, que es el orgullo.

La experiencia confirma esta suposición nuestra: Nos ha tocado seguir la evolución de algunas de estas jóvenes —e incluso de algunos jóvenes— situados en esta línea de pensamientos y de vivencias y ellas mismas nos han dado la razón. Una vez que se consiguió hacer desaparecer el elemento emocional y se consiguió llevarlas a un conocimiento lento y reposado de las raíces egóticas de sus actitudes, empezaron a caminar con más paz y más equilibrio sin renunciar por eso a sus legítimas aspiraciones a actualizar la vida religiosa. Las que de entre estas jóvenes son más profundas y reflexivas no tardan en percibir el engaño y en dar el salto a una posición más profunda, en la que no es difícil conciliar perfectamente los derechos sagrados de su persona con las exigencias de una vida totalmente actualizada al servicio de los hombres.

Incluso muchas llegan a sonrojarse, al recordar su anterior posición llena de presunción y dogmatismo. Y precisamente son esas mismas las que

conservarán toda la vida una actitud inquieta y militante ante los problemas serios que hoy sacuden la vida religiosa en Latino-América.

III

No sería difícil reunir testimonios de lo que acabamos de decir. También hemos conocido jóvenes religiosas profesas, movidas por ese mismo espíritu, agitarse en posición de difícil equilibrio, con el empeño de dar un remezón a las "viejas estructuras" de instituciones casi milenarias. Más de una hemos conocido despierta, inteligente, sociable, activa y sobre todo convencida de ser "profeta de realidades futuras". Y no es ironía, sino alabanza. La Iglesia necesita de esas profetisas, a condición de que no sea un sueño alimentado por la vanidad de una joven poseída de sí misma, soñadora e incapaz de someter su juicio a los que "puso el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios". En ese caso llevaría en sí misma el principio de su ruina.

Si una joven religiosa es así, no tardará en encontrar la ocasión de enfrentamientos ruidosos en las continuas reuniones de la vida comunitaria de hoy:

"La escena fue fuerte, dura, casi violenta. Eso me dejó tensa y destrozada por dentro".

Esa confesión la podrían firmar muchas religiosas de hoy. Siguieron ocasiones en las que la joven profetisa pudo demostrar su "independencia" rayana con la despreocupación por sus Hermanas y aun con el desprecio:

"En un curso que hice con otras les demostraré que yo no era una pieza de una máquina; me hice independiente aun en el alojamiento; lo hice conscientemente para provocar tensión y para que la noticia llegara a la M. Provincial. Se me amenazó con retrasarme o quitarme la Profesión Perpetua. Contesté que la Profesión Perpetua no podía ser un procedimiento para acallar a las que defendían las nuevas ideas y querían romper trasnochadas estructuras y conductas infantiles".

También estas palabras se han oído muchas veces y en muchas partes. No son de nadie y son de muchas. Pero por ese camino se crea más tensión, que a veces puede llegar hasta el paroxismo. ¿Quién no ha conocido casos?

Pero otra vez algo legítimo, algo que quiere la Iglesia, la ACTUALIZACION, se ha mezclado miserablemente con un elemento perturbador: EL ORGULLO. Y es la misma naturaleza humana la encargada de demostrar que eso es así, porque esa TENSION creada no termina en tensión, sino que sobreviene un desgarre de la psique visible en síntomas como depresiones, amarguras, ironías, rebeldías, resentimientos, oposición rayana en la rabia y el odio y por fin LA ANGUSTIA: Un sentimiento indefinible, terriblemente opresor y torturante que sume al alma en un abismo de tristeza. Algo hubo, pues, allí que se mezcló con "el espíritu de

profecía" y lo desnaturalizó. La naturaleza humana, diríamos, tiene señalada una cierta dirección: Si se la sigue, se encuentra a sus anchas. Si se la ignora y se la niega, se encuentra con que algo anda mal: Se queja, se retuerce y se destruye; Y el máximo agente destructor es EL ORGULLO. PROFECIA Y ORGULLO no podrán jamás ir juntos, sin que algo grite y llore. . . y sin que las ruinas de las psique demuestren que se introdujo un elemento destructor.

¿Cómo se podrá beneficiar la vida religiosa de esa visión profetica, necesaria para su povenir? Separándola del elemento subjetivo-egótico.

¿Y cómo realizarán esta separación las Superioras? De dos maneras: En primer lugar aprendiendo la lección de que la vida religiosa necesita de esta mirada profética que prepare el porvenir y en segundo lugar advirtiendo a tiempo la presencia de ese otro elemento perturbador, el agótico, para impedir que envenene y destruya a sujetos que son portadores de valores positivos, que pueden proporcionar a la Vida Religiosa mejores días en el futuro. Para ello se necesita una rara habilidad, mucha caridad y no poca capacidad de discernimiento de espíritu.

Salvador López
Escolapio

¿ES EL EVANGELIO LA NORMA SUPREMA DE LA VIDA MONASTICA?

P. Lorenzo Ferrer, o.s.b.
Prior de Sta. María de Usme
Bogotá

I. ¿Le parece a usted que los monasterios tienen como regla suprema el Evangelio?

El monaquismo no es un estilo de vida privativo del cristianismo, pertenece a la fenomenología de todas las grandes religiones. Es evidente que por encima de un común denominador, el cristianismo ofrece una vida monástica bien diferenciada, de carácter netamente cristocéntrico. Es preciso aceptar que, a lo largo de la Historia, no siempre ha aparecido con la misma claridad lo específicamente cristiano y evangélico. En este sentido creo debe interpretarse la pregunta y es claro que apunta a la necesidad de una vuelta a las fuentes.

II. ¿Cuál es la razón —según su manera de ver— por la cual no se vive más intensamente el Evangelio?

Todas las instituciones tienden con el tiempo a la complejidad. Las indispensables estructuras se convierten, al correr de los años, en abarrocada legislación y asimismo crece el acervo de usos y costumbres. A medida que aumenta la complejidad es inevitable un proceso de esclerosis. ¿Quién podría negar que aquellos monasterios que cuentan con una larga historia, no se encuentren en esta situación en más o menos alto grado?

Un modelo histórico de monaquismo que, para nuestros días, opacaba la autenticidad evangélica. Las características del renacimiento de la vida monástica, fruto de las ideas románticas del siglo pasado, dieron una imagen

del monaquismo que no resiste la crítica histórica moderna. Todos los "neos" de sabor arcaico, en un contexto histórico tan diferente al de la Edad Media, tenían que conducir necesariamente a una crisis.

En tercer lugar, también en los monasterios ha cundido la tendencia a reducir la vida cristiana a postulados meramente antropológicos. De una alienación de tipo angelista —religión, opio del pueblo— corremos el riesgo de pasar a una alienación temporalista.

Se impone una constante referencia a Cristo y al Evangelio, una simplificación que será fruto de este volver al Evangelio.

III. ¿Cuál ha sido la influencia del Evangelio en la renovación de los monasterios?

Si con esta pregunta se piden ejemplos concretos del proceso de renovación postconciliar, mencionaré uno de los más característicos: la búsqueda de la sencillez evangélica, el deseo de un monaquismo laical, el anhelo de vida comunitaria a escala familiar y una organización económica fundada en el trabajo son, entre otros, los signos más característicos de un retorno al espíritu evangélico. Todos estos signos se han querido reunir bajo el nombre de monasterios de "vida simple", como reacción a un estilo demasiado ostentoso y triunfalista, con acentos de clericalismo y ritualismo liturgista y espíritu de clase intelectual y burguesa.

IV. ¿Qué habría que hacer — concretamente— para una mayor vigencia del Evangelio en las comunidades?

Intensificar la lectura sapiencial de la Biblia, especialmente del Evangelio y que sea esta reflexión la que de unidad a la oración, a la vida comunitaria, al trabajo monástico y a la proyección del monasterio a través de la hospedería. Evitar toda posible alienación temporalista, poniendo la debida atención a la dimensión mistérica de la vida monástica, su significación teologal.

Impreso en Editorial Pax — Bogotá
Fotomecánica Inter 2000   42 60 93